

# UN BREVE REPASO

POR LA HISTORIA DEL INTERNADO CORL. J. CRUZ GÁLVEZ

RAQUEL PADILLA RAMOS

Hace algunos años, el Dr. Samuel Ocaña, ex gobernador del estado de Sonora y ex alumno del internado Corl. J. Cruz Gálvez, escribió un artículo para la revista *Así*, en el que destacaba los valores históricos del inmueble. El escrito arranca con el dramático evento en el que cinco niños del internado, reunidos en un arroyo cercano, murieron por el estallido de una bomba en el año 1922. Aún soplaban fuerte los aires revolucionarios. Puedo imaginar el impacto que este acontecimiento produjo en el niño Samuel cuando ingresó al internado, aproximadamente tres o cuatro lustros después, y lo escribió así: “Los que hemos tenido el privilegio de haber cursado estudios en nuestro amado internado, no olvidamos a los inocentes niños” (p. 27).

Imprescindible era para el autor realizar un repaso por los primeros años de la revolución, cuando el maderismo intentó derrocar al presidente Díaz, y la insurgencia, conformada por campesinos, obreros, clase media e intelectuales, se hizo presente en distintos puntos de la República. Así, en *Así* el Dr. Ocaña nos lleva de la mano por el maytorenismo, el constitucionalismo, y los diversos *ismos* que caracterizaron el gran movimiento





social, pero también, siguiendo el orden cronológico de los sucesos, nos lleva de vuelta a la contrarrevolución huertista y las ambiciones desmedidas que desató.

El artículo, titulado por cierto “Internado J. Cruz Gálvez”, está profusamente ilustrado con imágenes de la época. Destaca una en la que aparece el profesor Plutarco Elías Calles (en este caso, dada la naturaleza de la institución, haremos a un lado su grado militar), y el profesor Adolfo de la Huerta con un grupo numeroso de alumnas y alumnos en las instalaciones del primer plantel. El Dr. Ocaña narra las vicisitudes del internado, desde el decreto que mandató su creación en octubre de 1915 y el fallecimiento del teniente Gálvez, amigo entrañable de Plutarco, después de la batalla de Paredes. Su muerte definió el nombre del internado. El grado de coronel le fue otorgado en ceremonia póstuma.

La intención del internado era dar cobijo, en sus necesidades más primordiales, a los hijos de soldados de la revolución, sin distinción de bando. Nos cuenta Ocaña también que fue a Adolfo de la Huerta a quien le tocó vigilar de cerca el proceso de concurso y construcción de la insti-

tución, misma que se erigió con recursos del pueblo. Para la fábrica se empleó ladrillo, concreto y mezcla, y se invirtieron primeramente 50 mil pesos. Al ganador del concurso, Ing. Luis A. Romo, se le otorgaron 500 pesos en pago único. Se decidió que la escuela tuviese un “régimen militar, con sus departamentos de artes y oficios, correccional y educación primaria. En los talleres recibirán capacitación para el trabajo, y la correccional servirá para eliminar los malos hábitos y costumbres de los alumnos, que pudieran exhibirse” (p. 29).

Apunta don Samuel que cuando Calles tomó posesión como gobernador constitucional el 30 de junio de 1917, expresó lo siguiente: “Ojalá todos podamos cooperar para arrebatar de la indigencia y posiblemente de la corrupción niños desamparados, y hacer de ellos hombres dignos y útiles a la patria” (p. 29). Aunque ahora ya no hay niños huérfanos de la revolución, existen muchas niñas y niños huérfanos de una sociedad que cada vez se ensimisma más en su vorágine. Nuestro deber como sonorenses y mexicanos es velar porque el espíritu generoso y protector con el cual el internado Corl. J. Cruz Gálvez fue creado, se conserve.



DON SAMUEL OCAÑA EN LA MESA ACADÉMICA “CRUZ GÁLVEZ, PATRIMONIO HISTÓRICO Y MONUMENTO A LA NIÑEZ, EN EL CENTENARIO DE SU FUNDACIÓN”. FOTOGRAFÍA: ROCÍO PRECIADO.

#### Referencia

Samuel Ocaña, “Internado J. C. Gálvez” en Revista Así, página 26, 2005